

SONETO

DE ESTEBANILLO GONZALEZ, AUTOR DE ESTE LIBRO.

Diéronme ser los montes de Galicia,
 La sacra Roma en sus escuelas ciencia,
 La libertad de Génova conciencia,
 El regalo de Nápoles malicia.
 La intratable Calabria el avaricia,
 El poder limitado la paciencia,
 Los trabajos del mundo la experiencia,
 Y los Estados-Bajos la codicia.
 Experto en tales dones, he quedado
 En lances y donaires tan curtido,
 Que si llegase al fin, que he deseado,
 Pondré todas las chanzas en olvido;
 Y si no estoy del mundo retirado,
 Me hallo de no estarlo arrepentido.

PROLOGO.

Carísimo ó muy barato lector, ó quien quiera que tú fueres, si curioso de saber vidas ajenas llegares á leer la mía, yo me llamo Estebanillo Gonzalez, flor de la jacarandaina. Y te advierto que no es la fingida de Guzman de Alfarache, ni la fabulosa del Lazarillo de Tórmes, ni la supuesta del Caballero de la Tenaza, sino una relacion verdadera, con parte presente y testigos de vista y contestes, que los nombro á todos para averiguación y prueba de mis sucesos, y el dónde, cómo y cuándo, sin carecer de otra cosa que de día, mes y año, y antes quito que no añado. Por tres causas debes aplaudir y estimarla: la primera, por ir dedicada al mas prudente general y valeroso soldado que han conocido nuestras edades, y por ser yo una humilde hechura suya, y que solo pretendo con este pequeño volumen dar gusto á toda la nobleza, imprimiéndolo en estos países, confiado solamente en el amparo de mi amo y señor, el excelentísimo duque de Amalfi, que, como primero y sin segundo Alejandro, siempre me ha amparado y favorecido, mostrando los preciosos quilates de su grandeza, valor y generosidad en levantar mi humildad y corto merecimiento de las deshechas ruinas del olvido y del inútil polvo de la tierra. La tercera, porque no lo doy á la imprenta para hacer mercancia de él, sino solo para que sirva de presente y regalo á los principes y señores y personas de merecimiento, y no volveré la cara ni encogeré el brazo á los premios que me dieren; porque soy hombre que, por tomar, tomaré unciones, y por recibir, recibiré un agravio. Tengo por imposible que te deje de agradar, si acaso no estás dejado de la mano del gusto, ó hecha la cara al desaire de andar corto en alabar lo que es bueno, por dar muestras de entendido. Aquí hallará el curioso dichos agudos, el soldado batallas campales y viajes á Levante, el amante enredos amorosos, el alegre diversidad de chanzas y variedad de burlas, el melancólico epitafios fúnebres á los tiernos malogros del Infante cardenal, de la reina de España y de la emperatriz Maria; el poeta compostura nueva y romances ridículos, el recogido en su albergue las flores de la fulleria, las leyes de la gente de la hampa, las preeminencias de los pícaros de jábega, las astucias de los marmitones, la cautela de los vivanderos, y finalmente, los prodigios de mi vida, que han tenido mas vueltas y revueltas que el laberinto de Creta. Donde, despues de haberla leído y héchote mas cruces que si hubieras visto al demonio, la tendrás por digna y merecedora de haber salido á luz. Dios le saque de las tinieblas de ella con bien, para que tú quedes contento, y yo pagado y libre de tu censura.

VIDA Y HECHOS

DE

ESTEBANILLO GONZALEZ.

CAPITULO PRIMERO.

En que da cuenta de su nacimiento, estudios y travesuras, y de un chiste donoso que le sucedió con un valiente, y el viaje que hizo de Roma á Liorna.

Prométote, lampiño ó barbado lector, ó cualquiera que fueres, que, si no lo has por enojo, solo sé de mi nacimiento que me llamo Estebanillo Gonzáez; tan hijo de mis obras, que si por la cuerda se saca ovillo, por ellas sacarás mi noble descendencia. Mi patria es comun de dos; pues mi padre, que esté en gloria, me decia que era español trasplantado en italiano, y gallego engerto en romano, nacido en la villa de Salvatierra, y bautizado en la ciudad de Roma: la una cabeza del mundo, y la otra rabo de Castilla, servidumbre de Astúrias, y albañal de Portugal, por lo cual me he juzgado por centauro á lo pícaro, medio hombre y medio rocin; la parte de hombre por lo que tengo de Roma, y la parte de rocin por lo que me toca de Galicia. Ello, si va á decir verdad, aunque sea en descrédito de mi padre, jamás me he persuadido á que esto pueda ser como él lo afirmaba, porque no tuvo mi madre tan depravado el gusto que me habia de abortar del derrotado bajel de su barriga en el aguanoso márgen del Miño, entre piélagos de navios y promontorios de castaños, y en esportillas de Domingos, Brases y Pascuales, pudiéndome parir muy á su salvo en las cenefas y galon de plata de la argentada orilla del celebrado Tiber, entre abismos de deleitosos jardines, y entre montes de edificios insignes y sobre tapetes escarchados por la copia de Amaltea, cunas y regazos de Rómulos y Remos. Y cuando tuviera tan mal capricho y tan hecha la cara al desaire, que me hostezara de su gruta oscura á ser, con perdon, gallego, y á que perdonara á Meco como todos sus pasados, echaria la sogá tras el caldero, y donde me parió me daria bautismo; si ya no es que soñase como Hécuba, reina de Troya, que de su vientre habia de salir una llama, que fuese voraz incendio de Galicia; y despues, viendo el monstruo que habia vaciado del cofre de su barriga,

se acogiese á Roma por todo, para que su santidad en pleno consistorio á fuerza de exorcismos sacase de mi pequeño cuerpo las innumerables legiones que tenia este segundo Roberto, que presumo que han sido y son tantas, que quedaron el dia de mi nacimiento escombradas las moradas infernales, como lo verás en el discurso de mi vida. Y finalmente, para que no padezca detrimento mi natividad, ni ande mi patria en opiniones, ni pleiteen Roma y Galicia sobre quién ha de llevar mi cuerpo cuando llegare, su postrimero fin, convido á los curiosos al valle de Josafat el dia que el ángel, pareciendo viento de mapa, tocara la tremenda trompeta, á cuyo eco horrible y espantoso se levantarán pepitorias de huesos y armaduras de tabas; que entonces, por ser tiempo de decir verdades, presumo que no la negarán mis padres, con que todos saldrán de sus dudas, y yo sabré si soy vasallo de un sumo pontífice ó de un rey de España, monarca de un nuevo mundo; y á quien Dios se la diere, san Pedro se la bendiga; y en el interin haré como hasta aquí he hecho, que ha sido á dos manos como embarrador, siendo español en lo fanfarron, y romano en calabaza, y gallego con los gallegos, é italiano con los italianos, tomando de cada nacion algo, y de entrambas no nada. Pues te certifico que con el aleman soy aleman; con el flamenco, flamenco; y con el armenio, armenio; y con quien voy voy, y con quien vengo vengo. Mi padre fué pintor *in utroque*, como doctor y cirujano; pues hacia pinturas con los pinceles, y encajes con las cartas; y lo que se ahorra en la pasa, se perdía en el higo. Tenia una desdicha, que nos alcanzó á todos sus hijos, como herencia del pecado original, que fué ser hijodalgo, que es lo mismo que ser poeta; pues son pocos los que se escapan de una pobreza eterna ó de una hambre perdurable. Tenia una ejecutoria tan antigua, que ni él la acertaba á leer, ni nadie se atrevia á tocarla, por no engrasarse en la espesura de sus desfloradas cintas y arrugados pergaminos, ni los ratones á roerla, por no morir rabiando de achaque de esterilidad.

Murió mi madre de cierto antojo de hongos, estando preñada de mi padre, según ella decía; quedóse en el lecho como un pajarito. Y pienso, conforme el alma tenía la cordera, que pasó de solo Roma á una de las tres moradas, porque no era tan inocente que al cabo de su vejez, y habiendo pasado en su mocedad por la Cruz de Ferro y siendo tan vergonzosa y recatada, fuese al limbo á ver tantos niños sin bragas. Dejó dos hijas garifas, siendo cristianas, de la edad que las manda comer el doctor, con mucha hermosura en breves abriles; y yo quedé con pocos mayos y muchas flores, pues no ignorando la de Osuma, no se me ha ocultado la del berro. Después de haber hecho las funerales, ahorcado los lutos y enjugado las lágrimas, aunque no fueron mas que amagos, pues se quedaron entre dos luces, volvió mi padre á su acostumbrada pintura, mis hermanas á su almohadilla, y yo á mi desusada escuela, donde mis largas tardanzas pagan mis cortas asentaderas.

Era mi memoria tan feliz, que venciendo á mi mala inclinación, que siempre ha sido lo que de presente es, supe leer, escribir y contar; lo que me bastara á seguir diferente rumbo, y lo que me ha valido para continuar el arte que profeso, pues puedo asegurar á fe de pícaro honrado que no es oficio para bobos.

Gustó mi padre de darme estudio; y con no haber por mis travesuras llegado á la filosofía, salí tan buen bachiller, que puedo leer cátedra al que mas blasona de ella. Traía tan enredados á los maestros con enredos y á los discípulos con trapazas, que todos me llamaban el Judas Españolito. Compraba polvos de romero, y revolvíalos con cebadilla, y haciendo unos pequeños papeles, los vendía á real á todos los estudiantes novatos, dándoles á entender que eran polvos de la Anacardina, y que tomándolos por las narices tendrían feliz memoria; con lo cual tenía yo caudal para mis golosinas, y ellos para inquietar el estudio y sus posadas y casas. Escapábanse pocos libros de mis manos y pocas estampas de mis uñas; sobre lo cual cada día andaba al morro ó había quejas á mi padre y hermanas. Tenía á cargo la mayor de ellas el castigarme y reprenderme; y unas veces me daba con su mano de mantequilla bofetadas de algodón, y otras me decía que era afrenta de su linaje, que por qué no acudía á quien era, y por qué no procedía como hijodalgo; que atendiera á que nuestra madre la decía que yo era el mayorazgo de su casa y cabeza de su linaje y descendiente del conde Fernán González, cuyo apellido me había dado por línea recta de varón; y por parte de hembra, del ilustre y antiguo solar de los Muñatones, cuyos varones insignes fueron conquistadores de Cuacos y Jarandilla, y los que en batalla campal prendieron á la serrana de la Vera y descubrieron el archipiélago de las Batuecas; y que una tía mía había dado leche al infante don Pelayo, antes que se retirara al valle de Cavadonga; y otra había amortajado al mancebito Pedrarias, siendo dueña de honor de la infanta doña Urraca.

Reíame yo de todos estos disparates, y por un oído me entraba su reprensión, y por otro me salía; y finalmente, fueron tantas mis rapacías é inquietudes, que me vinieron á echar del estudio poco menos que con cajas destempladas. Por cuya causa mi padre, después de haberme zurrado muy bien la badana, me llevó á casa de un amigo suyo, llamado Bernardo Vadia, que era barbero del duque de Albuquerque, embajador ordinario de España, con el cual me acomodó por su aprendiz, y después de haber hecho el entrego de la buena prenda, se volvió á su casa sin hijo, y yo quedé sin padre y con amo. El cual me dijo que me quitase el sombrero y la capa y entrase á ver á mi ama, lo cual hice al instante, y entrando en la cocina, la hallé cercada de infantes, y no de Lara. Díome una rueda de naranja para cortar la cólera, y un mendrugo de pan, abizcochado de puro duro, para secar los malos humores; y después del breve desayuno y después de haber lavado cuatro docenas de platos, escudillas y pucheros y ollas, y puesto la ordinaria con poca carne y mucha menestra, me dió una canasta de mantillas, pañales, sábanillas y haberos de los niños, y abriendo la puerta de un patio y dándome dos dedos de jaboncillo de barba, me enseñó un pozo y una pila, y me dijo: Estebanillo, manos á la labor, que este oficio toca á los aprendices, y por aquí van allá, que no quiera Dios que yo os quite lo que de derecho os toca. Bajé la cabeza, y orejeando como pollino sardesco, desembanasté los pañuelos de narices del puerto del muladar, henchí la pila de sus menudencias, y después de haber sacado mas de cien cubos de agua y dádoles con cincuenta manos, y no de jabón, jamás salió limpio el caldo de sus espinacas. Hice lo mejor que pude la colada, tendí los trapos y supe hacer muy bien los mios, pues me eximí con brevedad del tal oficio, que á estar mucho con él, no hubiera Estebanillo para quince días. Hice el venidero lo mismo, y lo que hubo de menos en la lavadura de los pañales, hubo de mas en los mandados de casa y fuera de ella; y al tercero, al tiempo que me había dado mi amo una libranza para ir á cobrar seis ducados á la Judería, entré en la tienda un valiente, cuyos mostachos unas veces le servían de daga de ganchos, y otras de puntales de los ojos, y siempre de esponjas de vino. Díjole á mi amo que se quería alzar los bigotes; y por ser tan de mañana, que aun no habían venido los oficiales que tenía, trató de alzárselos él. Mandóme á mí, aunque ya tenía el ferruero puesto para ir á ver á los hidalgos del prendimiento de Cristo, que encendiese unos carbones y calentase los hierros. Ejecutóse su precepto, y habiéndole alzado al tal temerario la mitad de su bosque de tabaco, se armó una pendencia en la calle, á cuyo ruido de espadas se asomó mi maestro á la puerta; y viendo que en ella había algunos criados del Duque, su amo, se arrojó á la calle á ver si la podía apaciguar, quedando el bravo con un pilar que anhelaba á remontación, y otro que amagaba precipicio. Y por durar mucho la pendencia y hacer tardanza mi amo, no

cesaba el matasiete de echar tacos y porvidas. Preguntóme muy á lo crudo si era oficial; y yo, pareciéndome cosa de menos valer decirle que no lo era, le respondí que sí. Díjome: Pues vuesa merced, señor chulo, me alce este bigote, porque donde no, saldré como estoy á la calle y le quitaré á su amo los suyos á coces y á bofetadas. Yo, por no alcanzar algo de barato de aquel repartimiento y porque no me cogiera en mentira y parecerme cosa fácil levantar un bigote, sabiendo levantar dos mil embustes y testimonios, sin quitarme el ferruero ni dar muestras de turbación, saqué un hierro de los que estaban al fuego, que se había estado escaldando desde el principio del rebato y escaramuza; y por no tener en qué probarlo y parecer diligente, tomé un peine, encajésole en aquella selva de clines, arriméle el hierro, y levantándose una humareda horrenda al son de un sonoro chirriar y de un olor de pié de puercos chamuscado, le hice chicharrón todo el pelámen. Alzó el grito diciéndome: Hijo de cien cabrones y de cien mil putas, ¿piensas que soy san Lorenzo, que me quieres quemar vivo? Tiróme una manotada con tal fuerza, que haciéndome caer el peine de la mano, me fué fuerza con la turbación arrimarle el molde á todo el carrillo y darle un cauterio de una cuarta de largo, y dando un ay que estremeció las ruinas del anfiteatro ó coliseo romano, fué á sacar la daga para enviarme con cartas al otro mundo. Yo, aprovechándome del refrán que á un diestro un presto, me puse con tal presteza en la calle y con tal velocidad me alejé del barrio, que yo mismo, con ser buen corredor, me espanté cuando me hallé en menos de un minuto á la puerta de la Judería, habiendo salido de junto á la Trinidad del Monte; pero una cosa es correr y otra huir, y esto sin dejar el hierro de la mano; y al tiempo que lo fuí á meter en la faldriquera hallé pegado á él todo el bigote del tal hidalgo, que era tan descomunal, que podía servir de cerdámen á un hisopo y anegar con él una iglesia al primer *asperges*.

Entré en la Judería, y dando la libranza que llevaba á un hebreo, que se llamaba David, me despachó con toda brevedad. Salíme al instante de Roma, contento por haberme librado de la cautividad del Egipto de mi ama y del poder del Faraón del zaino sin bigote. Determinéme de ir á visitar á Nuestra Señora de Loreto, por la fama que tenía aquella santa casa; y habiendo caminado alguna media legua con harta pesadumbre de dejar mi casa, padre y hermanas, volví la cabeza atrás á contemplar y á despedirme de aquella cabeza del orbe, de aquella nave de la Iglesia, de aquella depositaria de tantas y tan divinas reliquias, de aquella urna de tantos mártires, de aquel albergue de tantos sumos pontífices, morada de tantos cardenales, patria de tantos emperadores, madre de tantos generales invencibles y de tantos capitanes famosos. Miré la gran circunvalación de sus muros, la altura de sus siete montes, Alcides de sus edificios, reverencié sus templos, admiré la hermosura de su campo, la amenidad de sus jardines; y considerando lo mucho que

perdía en dejarla, y lo mal que me estaba volver á ella, derramando algunas tiernas lágrimas, proseguí con mi viaje; y al cabo de algunas jornadas llegué á ver aquel celestial alcázar, aquella divina morada, aquella cámara angelical, paraíso de la tierra y eterno blason de Italia. Visitaba una vez cada día este pedazo de cielo, é infinitas á un convento que está muy cercano, de padres capuchinos, por razón que me ponían bien con Cristo con lindas tazas de Jesús llenas de vino y con muy espléndida pitanza. Quiso mi desgracia que reñí un día con un pobre mendicante por haberme querido ganar la palmatoria al repartir de la sopa, y bajándole los humos con mi hierro de abrasa bigotes, lo dejé con dos dientes menos.

Y dejando la quietud de aquella santa vida, me fué forzoso poner tierra en medio. Fuíme al santo Cristo de Pisa, y desde allí á la famosa villa de Siena. Llegué á ella en tiempo de feria, y halléla toda llena, así de gentes de varias naciones como de diferentes mercancías; y andándome paseando por ella, me llegaron á hablar dos mancebos muy bien puestos, los cuales, habiéndose informado de mi patria y nombre, me dijeron que si los quería servir, puesto que estaba desacomodado. Yo, pensando que eran algunos mercaderes ricos, les dije que sí; y llevándome á su posada, después de haberme dado muy bien de cenar, me dijo el uno de ellos, que era español: Estebanillo, tú no tienes mas á quien servir ni contentar que á mí y á mi camarada, y ayudarnos á llevar adelante nuestra antigua tramoya y comer y beber y oír y callar, y antes ser mártir que confesor. Yo les prometí tener ojos de alguacil cohechado, orejas de mercader y habla de cartujo. Y abriendo un escritorio, sacó de un cajón un mazo de doce barajas de naipes nuevos, y el otro camarada, que era napolitano, un balón de dados y los instrumentos necesarios; y asentándose en dos sillas bajas junto al fuego, hicieronme avivar la lumbre con un poco de carbon, á cuya brasa puso el italiano un crisol con un poco de oro y una candileja con plomo. Desempapeló mi español sus cartas, y no venidas del correo; y sacando de un estuche unas muy finas y acerradas tijeras, empezó á dar cuchilladas, cortando coronas reales, cercenando faldas de sotas por vergonzoso lugar, y desjarretando caballos, señalando las cartas por las puntas para quínolas y primera, dándoles el raspadillo por la cartería, y echándoles el garrote y la ballesta para las pintas, sin otra infinidad de flores. El italiano en una cuchara redonda de acero empezó á amolar sus dados, sin ser cuchillos ni tijeras; haciéndolos de mayor y de menor, de ocho y trece, de nueve y doce, y de diez y once; y después de haber hecho algunas brochetas, dando barro á dos docenas de dados, hinchó los unos de oro y los otros de plomo, haciendo fustas para juegos grandes y para rateros. Dijéronme que tuviera atención en aprender aquel arte, porque con él sería uno de mi linaje. Puse tanta atención en lo que me mandaron, que dentro de un mes pude ser maestro de ellos, porque siempre se in-

elinan los malos á aquello que les puede perjudicar. Despues de haber acabado el español de cercenar naipes falsos, y el italiano de amolar huesos de muerto, para dar sepulero con ellos á los talegos de los vivos, nos fuimos á reposar lo poco que quedaba de la noche. Desde allí adelante me llevaban todos los dias por su paje de flores y naipes, y cargado de naipes y dados, que era su aderezo de reunir, campeaban los dos á costa de blancos. En esta forma iban á las casas de juego, concertábanse con los gariteros prometiéndoles el tercio de la ganancia que se hiciese, asegurábanles el peligro por la sutileza de la labor, y adonde no consentían su contagio, hacían tener de respeto, cuando jugaba el español, media docena de barajas, á las cuales yo y el italiano le dabamos con la de Juan trocado, y al garitero y á los tahures con la de Juan grajo, y cuando jugaba el italiano, hacíamos yo y el español lo mismo, echándonos sobre la tabla y acercando los dados á nuestras pertenencias, y llevando de reserva entre los dados una fusta para valerse de ella cuando la hubiese menester. Doblábanse con personas de cantidad, y á veces de calidad, las cuales hacían tercio adonde quiera que jugaban; cargábanles las ganancias en virtud de sus ayudas y destrezas. Salían mis amos siempre perdidosos, al parecer de los mirones; por lo cual todos los tenían por buenos jugadores, y solicitaban de jugar con ellos. Sabían las posadas mas ricas, teniendo en todas, á costa de buenos baratos, quien les daba aviso de cuando había huéspedes de buen pelo. Acudían á ellas, trataban amistad con los que hablaban, quedábanse á comer con ellos á escote; y por sobre mesa, en achaque de entretenimiento, dábanme dineros y enviábanme por lo que yo traía, y empezando por poco, acababan por mucho, dejando á los pobres forasteros en cruz y en cuadro. Y con hacer los dos muy grandes ganancias, cada uno en lo tocante á su flor, nos moríamos de hambre, porque lo que ganaba el español á las cartas, lo perdía á los dados, porque además de no conocerlos, no se sabia aprovechar de lo poco que alcanzaba á entender; y lo que el italiano ganaba á los dados, perdía á los naipes, que aunque tenía en casa el maestro, no había aprendido á leer en libro de tan pocas hojas.

Yo andaba siempre temeroso de que se descubriese la flor, y por cómplice en ella, en lugar de enviarme á Galicia, me enviaran á Galilea, ó por ser muchacho me diesen algun estrecho jubon, no necesitando de él. Mas quiso mi fortuna que estando una noche los dos cenando y algo tristes y recelosos, porque uno de los perdidosos le había ganado el italiano, me enviaron á llamar á unos amigos suyos, para que se informasen si los había reconocido ó sospechado algo. Yo, pensando que ya se había descubierto la maula y que toda la justicia daba sobre nosotros, con intencion de no volver, y por no irme sin cobrar mi salario, ya que me había puesto á tanto riesgo, salí fuera á una antesala, y tomando el ferruuelo del señor español, que era nuevo y de paño fino, dejé el mio, que estaba bien raído. Y saliendo á la

calle, informándome por el camino de Liorna, me salí de la villa, y con la claridad de la luna, por temor de que no fuese seguido, anduve aquella noche tres leguas; y al cabo de ellas, hallando una pequeña choza de pastores cercana del camino, me retiré á ella, adonde fuí acogido, y pude con sosiego descansar, hasta tanto que el alba se reía de ver la aurora llorar á su difunto amante, siendo mujer y no fea ni mal tocada, que á este tiempo, dejando la pastoril cabaña, y prosiguiendo mi comenzado camino, me dí tanta prisa á alejarme de mis amos, que otro dia al anochecer llegué á Liorna, y metiéndome en una posada á descansar de la fatiga que había pasado, supe otro dia cómo las galeras del gran duque de Toscana estaban de partida para Mesina, para irse á juntar con las de España y Nápoles y con otras muchas que habían ocurrido para agregarse con la real, estando por príncipe de mar y tierra y por general de aquella naval el serenísimo príncipe Emanuel Filiberto, cuya fama, virtud y santidad, por no agraviarlas con el tosco vuelo de mi pluma, las remito al silencio. Y habiendo alcanzado licencia de un capitán de galera, me embarqué en la que llevaba á su cargo, por estar informado ser todas las de aquella escuadra águilas del mar, cuyos caballeros, sus defensores, de la orden de San Estéban, dan terror al Turco y espanto á sus fronteras, tienen fatigado su templo con el peso de los estandartes y medias lunas africanas, y con cadenas de multitudes de cautivos cristianos, á quien han dado amada libertad, añadiendo cada dia á las historias nuevas proezas y eternizadas victorias.

CAPITULO II.

En que se refiere su embarcacion y llegada á Mesina, y viaje á Levante, y lo que le sucedió en el discurso de él y en la ciudad de Palermo, hasta tanto que se ausentó de ella.

Salimos una tarde de esta pequeña Cartago con viento fresco y mar serena, y con todos los amigos que requiere una feliz navegacion. Estuve tres dias tan mareado, que al compás que daba sustento á los peces del mar, aborrecía raciones de bizcocho á los caimanes de galera. Alentéme cuanto pude, sirviéndome de antídoto para volver en mí el ser asistido de dicho capitán con animados sorbos de vino y tragos de malvasía; que tengo por cosa asentada que estos licores me volvieron á mi primer ser, y que si despues de muerto y engullido en la fosa, con un cañuto ó embudo me lo echasen por su acostumbrado conducto, me tornara el alma al cuerpo, y se levantara mi cadáver á ser esponja de pipas y mosquito de tinajas. En efecto, llegamos á Mesina, adonde quedé absorto de ver la grandeza de su puerto, ocupado con setenta galeras y cincuenta bajeles, todo debajo del dominio del planeta y rey cuarto defensor de la fe, y azote de los enemigos de ella. Y el contemplar tanta gente de guerra, de tan extrañas y apartadas naciones, tanta diferencia de belicosos instrumentos, el clamor de tanto pito, el ruido de tanta cadena, las diferentes libreas de tantos forzados y la variedad de tantos estandartes, parecíame que estaba en otro mundo y que

sola aquella ciudad era una confusa Babilonia, siendo una tierra de promision. Alegrábanme los acentos de los bodegonos marítimos, apellidando los unos tripa-tripa, y los otros folla, folla, repitiendo en mis oídos los ecos arábigos que decían: *Macarrone, macarrone, qui manja uno manja dos*; pero entristeciame de ver que todos comían, y yo solo los miraba. Arriméme á un esclavo negro, tan limpio de conciencia, que lavaba media docena de menudos con una ración de agua. Hicele mil zalemas y sumisiones por saber que era mercadante de panzas y por verme racional camaleon. Ofrecíele mi persona, diciéndole ser único en el caldillo de los revoltillos y en el ajilimoje de los callos. El, agradándole mas el verme desbarbado que no el ser buen cocinero, me recibió, haciéndome aquella tarde dar seis caminos desde el matadero de la villa hasta su barraca, cargado de patas de vaca y manos de vitela; y dándome, despues de mi molestazo trabajo, un plato de mondongo verde con perejil rumiado. Por ver la brevedad del despacho y el despojo y ruina que hice en sus panecillos, me dijo que me fuese á traer mi ropa y á buscar un fiador que darle, para tener seguro su bodegon, porque de otra suerte no me recibiría, porque no había muchas horas que se le había ido un criado con un cuajar cocido y una media cabeza sancocada; y que así, mas queria estar solo que mal acompañado. Yo, dando gracias á Dios de salir de la espesura de su mal cocinado, me planté en la playa, y el primer español que encontré en ella fué un alférez del tercio de Sicilia, llamado don Felipe Navarro del Piamonte, el cual, poniendo los ojos en mí, me llamó y preguntó que si estaba con amo ó lo buscaba, y si tenía padre ó hermanos ó algunos parientes ó conocidos en aquella ciudad. Respondíle que no tenía dueño, y que andaba en busca de uno que me tratase bien, y que era tan solo como el espárrago y del tiempo de Adán, que no usaban parientes. Contentóme mi agudeza, y díjome que su oficio era vigilia de ayudante, y vispera de capitán, que si lo queria servir, seria uno de los de la primera plana, y que esguazaria á tutiplen. Yo, ignorando de esta jerigonza avascuizada, por no ser práctico en ella, y por ser tan jóven, que en el mismo mes que estábamos cumplí trece años, bien empleados, pero mal servidos; pensando que la primera plana era ser de los Guzmanes de la primera hilera, y el esguazar darme algun poco de dinero, y el tutiplen llegar con el tiempo á ser plenipotenciario, concedí en quedarme en su servicio. Y diciéndome mi nombre, le fuí siguiendo á su posada, donde en los pocos dias que estuvimos en ella lo pasamos con mucho regalo. Había ido el capitán de nuestra compañía á la ciudad de Palermo á ciertos negocios suyos, por cuya ausencia mi amo, como su alférez, metía la guardia, llevando yo su bandera con mas gravedad que Perico en la horca; porque es muy propio de hombres humildes ensorberbecerse en viéndose levantados en cualquier puesto ó dignidad. Persuadíme que todos los que quitaban el sombrero á la real insignia me lo quitaban á mí, por lo cual hacia mas piernas que un presumido de valiente, y me ponía mas

hueco y pomposo que un pavon indiano. Pesábame estar ausente de mi padre y hermanas y en parte que no podían ver el hijo y hermano que tenían, y al oficio que había llegado en tan breve tiempo, ganado por mis puños. En esta ocasion nombró su alteza serenísima el príncipe Filiberto Manuel de Saboya, generalísimo de la mar, treinta galeras para ir en corso la vuelta de Levante, en busca de navíos y galeras turcas, yendo por cabo de ellas don Diego Pimentel y don Pedro de Leiva, siendo mi compañía una de las que tocó embarcarse para ir en aquella navegacion. Salimos de Mesina un sábado por la tarde, y habiendo aquella noche dado fondo en Rijoles, reino de aquel apóstol calabrés, que por quitarse de ruidos y malas lenguas se hizo morcon de un saúco, á la mañana zarpamos, encomendando á Dios nuestros buenos sucesos y rogándole nos volviese victoriosos. Mi amo me mandó que tuviese cuidado de asistir al fogon y de aderezar la comida para nuestro rancho; y acordándome de las mudanzas de fortuna, referí aquella ingeniosa glosa de: «Acordaos, flores, de mí». Y aunque me llegó al alma el bajar de alférez á cocinero, por reparar que era oficio socorrido y de razonables percances, no repliqué ni me dí por sentido; antes en pocos dias salí tan buen oficial de marmiton, que podía ser archipreste de la cocina del gran Tamorlan.

Pasamos el mar de Venecia, reconocimos el cabo de Cuatro columnas, y al cabo de cuatro jornadas, surcando la costa de Grecia, cogimos una barca de griegos, á vista de Puerto-Maino. Yo iba á esta guerra tan neutral, que no me metía en dibujos ni trataba de otra cosa sino de henchir mi barriga, siendo mi ballestera el fogon, mi cuchara mi pica, y mi cañon de crujía mi reverenda olla; usaba, en habiendo algun arma ó faena, de las siguientes chanzas. Iba siempre apercebido de una costra de bizcocho, la cual llevaba metida entre camisa y pellejo. Procuraba poner mi olla en la mejor parte, y en medio de todas las demás, y para no hallar impedimento madrugaba, y les ganaba á todos por la mano. Y cuando la galera andaba revuelta, chirriando el pito y curreando los bastones, quitaba la gordura de las mas sazonadas ollas y traspasábala á la mia con tal velocidad, que aun apenas era imaginado cuando ya estaba ejecutado. Y por hacer salva á algunos púlpitos relevados, piñatas de respeto y oficiales de marca mayor, en descuidándose un instante el que estaba de guardia, zampaba mi costra en el golfo de sus espumosos hervores, y en viéndola calada, sin ser visera, la volvía á su depósito, algunas veces tan caliente y abrasante, que al principio fué toda mi barriga un pielago de vejigatorios. Pero despues que me hice á las armas, estaba toda ella con mas costras que cien asentaderas de monas; mas lo tenía por deleito que por fatiga. Esta empapada y avahada sopa me sirvió siempre de desayuno, sin otros retazos ajenos, mas ganados á fuego y cuchara que no á sangre y fuego. No dejaré de confesar que algunas veces me cogió la centinela con el hurto en las manos, y quitándome la espumadera y dándome un par de cucharazos, despedía su cólera, y yo guardaba mi costra; porque en esto